



EL SUFRIMIENTO Y LA MUERTE COMO EXISTENCIALES INELUDIBLES DEL SER HUMANO

Sara López Escalona (*)

La expresión «situaciones límites» fue acuñada por Jaspers y con ella se refiere al dolor, a la culpa y la muerte. Resulta así muy interesante y consolador que Frankl afirme que en éstas, la tríada trágica que afecta al hombre, también puede encontrarse sentido y por ello dice: «no existe ninguna situación en la vida que carezca de auténtico sentido. Lo que importa es la actitud y el talante con que la persona sale al encuentro de un destino inevitable e inmutable» (1).

La afirmación es importante puesto que con ella se enfrenta a realidades tan decidoras y polémicas como el sufrimiento y la muerte. El tema del sentido tiene, en el pensamiento frankliano, varias direcciones, en efecto, en el libro: «Psicoanálisis y Existencialismo» trata de él en relación a la vida, al trabajo, a la muerte, al dolor y al amor. Vamos a referirnos ahora a dos sentidos específicos: el del sufrimiento y el de la muerte.

Es tal la importancia que Frankl asigna al sentido del sufrimiento, que en función de él cataloga una tipología humana. Distingue entre el

Homo Faber y el Homo Patiens. El primero es la persona de éxito y sus categorías morales son el triunfo o el fracaso. Para el Homo Patiens, en cambio, las categorías son el cumplimiento o la desesperación, éstas se insertan en otra dimensión, y así este hombre, puede realizarse aún en el fracaso; ahora bien, a los ojos del homo faber el triunfo del homo patiens es necedad y escándalo.

El tema del sufrimiento nos resulta normalmente incomprendible ¿qué sentido tiene el dolor? ¿por qué el sufrimiento? ¿cómo evitarlo? ¿cómo puedo explicar el sufrimiento del inocente, del niño?. Estas preguntas no tienen contestaciones fáciles ni convincentes. Se dan casos en los que uno puede justificar el dolor en función del gozo que a posteriori puede producir: la separación y un reencuentro más pleno, el parto y el alumbramiento, una operación y la sanación, pero ¿qué pasa con el sufrimiento límite? por ejemplo, una enfermedad terminal. Existen diversos tipos de sufrimiento:

- hay un sufrimiento innecesario, que se puede ma-

(*) Académica Titular
Pontificia Universidad
Católica de Chile

Artículo Especial

nejas o eliminar, aquí la voluntad opera como un poder efectivo, yo puedo hacer algo por cambiarlo o suprimirlo, aún cuando las circunstancias dificultan la decisión:

- se da también un sufrimiento necesario, este se acepta como sanción o un castigo, como pena, aquí sufrimos moralmente que debemos pagar una culpa;

- se da, por último, un sufrimiento impuesto como destino, inmanejable, inentendible, inmodificable ¿qué papel asumir frente a él?

La capacidad de sufrimiento, y el dolor mismo, permite realizar los valores de actitud. Es decir, me queda el recurso, último, de tener una postura personal, una actitud determinada para enfrentarme con lo ineludible. Ello significa mostrar que la vida tiene sentido a pesar del sufrimiento... «lo que importa es cómo se soporta el destino, cuando ya no se tiene poder para evitarlo» Salir al encuentro del destino con una actitud acertada.

Cuenta Frankl la siguiente anécdota :

«Vino a visitarme un doctor, durante muchos años dedicado al ejercicio de la medicina práctica. Hacía un año que había muerto su mujer, a la que amaba más que a todas las cosas del mundo, y se sentía incapaz de sobreponerse a esta pérdida. Pregunté a este paciente, aquejado por una grave depresión, si había reflexionado sobre lo que habría ocurrido; si las co-

sas hubieran sucedido al revés, es decir, si él hubiera muerto antes que su mujer. «Inimaginable», respondió: «me habría hundido en la desesperación». Entonces, sólo necesité hacerle caer en la cuenta: «Vea usted, todo esto se le ha ahorrado a su mujer, aunque ciertamente ahorrado al precio de que sea usted ahora el que cargue con la tristeza». En aquel preciso instante, su sufrimiento adquirió un sentido: el sentido de sacrificio. No podía cambiar ni un ápice el destino. Pero había cambiado la actitud. El destino le había arrebatado la posibilidad de cumplir su sentido en el amor. Pero le quedaba la posibilidad de adoptar, frente a este destino, la actitud adecuada» .

Este tipo de sufrimiento irremediable, se vincula con los valores de actitud... «los valores que llamamos de actitud se realizan siempre que admitimos como tal algo que consideramos irremisible, fatal como destino. Con arreglo al modo como cada uno lo acepta se abre ante nosotros una muchedumbre inmensa de posibilidades de valor. Lo cual quiere decir que la vida del hombre no se colma solamente creando y gozando, sino también sufriendo».

Con frecuencia relacionamos la falta de éxito con el sin sentido, pero ello no es así. La persona madura en el dolor, crece en él y muchas veces el sufrimiento entrega más de lo que pueden dar los grandes éxitos. Nuestro entorno está lleno de ejemplos que nos hacen

ver cómo al placer no siempre se une la sensación de que la vida tenga sentido, si es así, su ausencia - el sufrimiento - tampoco priva a la vida de éste.

«El debatirse del hombre con lo que el destino pone ante él es la misión más alta y la verdadera finalidad del sufrimiento. Cuando padecemos una cosa, le volvemos interiormente la espalda, ponemos cierta distancia entre nuestra persona y la cosa de que se trata. Mientras sufrimos de un estado de cosas que no debiera ser, nos hallamos bajo la tensión existente entre lo que de hecho es y lo que nosotros creemos que debe ser.

Lo decimos también, ya lo hemos visto, con respecto al hombre desesperado consigo mismo: precisamente el hecho de su desesperación hace que no tenga ya razón de ser, puesto que solamente por ello valora la propia realidad con la pauta de un ideal, la mide por él; la circunstancia de que esta persona entrevea simplemente los valores (aunque éstos quedan irrealizados) implica un cierto valor en su vida que no le da derecho a desesperar de sí mismo. En efecto, mal podría erigirse en su propio juez si no poseyera de antemano la dignidad necesaria para juzgar, la dignidad del hombre que se percata de lo que debiera ser, como pauta para enjuiciar lo que de hecho es. El sufrimiento crea, pues, en el hombre una tensión fecunda y hasta nos atreveríamos a decir que revolu-

cionaria, haciéndole sentir como tal lo que no debe ser. A medida que se identifica, por así decirlo, con la realidad dada, elimina la distancia que le separa de ella y, con la distancia, la fecunda tensión entre el ser y el deber ser.

Se revela así en las emociones del hombre una profunda sabiduría situada por encima de todo lo racional y que incluso se halla en contradicción con lo que racionalmente puede considerarse útil. Fijémonos, por ejemplo, en los efectos del duelo o el arrepentimiento: juzgados desde un punto de vista utilitario, ambos tendríamos que percernos carentes de sentido. Para el «sano sentido común» el llorar lo irreparablemente perdido es algo tan inútil y tan absurdo como el arrepentirse de culpas que ya no es posible cancelar. Sin embargo, en la historia interior del hombre ambas emociones, la del duelo y la del arrepentimiento, tienen su sentido. Cuando lloramos a un ser a quien amábamos y que hemos perdido es como si, en cierto modo, ese ser siguiese viviendo en nosotros, y el arrepentimiento del culpable hace, por decirlo así, que éste resucite liberado del peso de su culpa. El objeto de nuestro amor o de nuestro duelo, perdido objetivamente en el plano del tiempo empírico, sigue viviendo subjetivamente en el plano del tiempo interior: nuestro duelo se encarga de mantenerlo presente y vivo. Por su parte, el arrepentimiento puede, como Scheler ha puesto de manifiesto, bo-

rrar una culpa: no es que la culpa deje de pesar sobre quien ha incurrido en ella; lo que ocurre es que el culpable desaparece, en cierto modo, por obra de su renacimiento moral.

Esta posibilidad de convertir lo ya acaecido en algo fecundo para la historia interior de hombre no se haya, ni mucho menos, en contradicción con su responsabilidad sino que, por el contrario, forma una unidad dialéctica. El sentirse culpable presupone, en efecto, responsabilidad. Ya la responsabilidad del hombre se manifiesta también ante el hecho de no poder revocar ninguno de los pasos que da en la vida; todas las decisiones, una vez tomadas, así las grandes como las pequeñas, son irrevocables y definitivas. Nada de cuanto el hombre hace o deja de hacer puede volatilizarse. Sin embargo, únicamente quien sólo repare superficialmente en ello, encontrará la contradicción en la posibilidad que el hombre tiene siempre de desviarse interiormente de un hecho ya consumado, mediante un acto de arrepentimiento, cancelando en cierto modo el externo con ese otro acto interior, en el plano moral, puramente espiritual»

En el pensamiento frankliano, el sufrimiento cumple una función de advertencia, tiene un sentido, puede ser éste, hacernos reflexionar, procurar un alto en el vértigo diario, replantear la existencia, etc. El sufrimiento ayuda al proceso de madurez y, por so-

bre todo, nos hace comprender a los otros.

Frankl es taxativo al opinar sobre el valor y sentido del sufrimiento: «Querer amputar la miseria y la muerte, el destino y el sufrimiento, vale tanto como pretender quitarle a la vida su forma propia y específica. Son precisamente los golpes del destino, descargados sobre la vida en la forja ardiente del sufrimiento, los que le dan su forma y su estructura propias».

Para él toda situación da la posibilidad de realizar valores, sean estos de creación o de actitud (situaciones terminales), al respecto cita a Goethe quien dice que «no hay en la vida ninguna situación que el hombre no puede ennoblecer haciendo algo o aguantando». Frankl avanza más, pues cree que el padecer, es un hacer cuando se le imprime sentido. Con Hebbel sentencia: «La vida no es algo, sino que es siempre, simplemente, la ocasión para algo». En la vida tenemos dos posibilidades: modelar el destino, cuando ello puede ser posible, (valores de creación) o conferir sentido al padecer, cuando este es irremediable (valores de actitud).

Una palabra en torno al sentido de la muerte. Esta se presenta para el hombre como destino irrevocable. la finitud de la existencia humana es algo evidente; la pregunta es ahora sobre el sentido que este término vital puede tener. Algunos opinan que nada se justifica si nuestro final es nece-

Artículo Especial

sariamente la muerte. La postura de Frankl al respecto es diferente, él dice: «... viviendo como vivimos en presencia de la muerte como el límite infranqueable de nuestro futuro y la inexorable limitación de todas nuestras posibilidades, nos vemos obligados a aprovechar el tiempo de vida limitado de que disponemos y a no dejar pasar en balde, desperdiciándolas, las ocasiones que sólo se le brindan una única vez y cuya suma «finita» compone la vida»

Esto supone, ver la muerte con actitud realista asumiendo que tengo un tiempo limitado, del que soy responsable. Para Frankl la máxima de su teoría sobre la muerte es :»vive como si vivieras por segunda vez y como si la vez primera lo hubieras hecho todo de un modo tal falso como te dispones a hacerlo ahora».

La visión de la muerte tiene así, un papel correctivo, nos permite mejorar la calidad de vida.

«El hombre se asemeja, en cierto modo, al escultor que, con el cincel y el martillo, esculpe la piedra de tal modo que el material se convierte cada vez más en forma. El hombre elabora la materia que el destino le brinda: unas veces creando y otras viviendo o padeciendo, se esfuerza por «desbastar» su vida lo más posible para convertirla en valores de creación, de vivencia o de actitud.

Ahora bien, en este símil de escultor podemos intro-

ducir también el elemento tiempo; basta, para ello, con que nos imaginemos que sólo dispone de un determinado plazo para dar cima a su obra, pero sin saber cuál es, concretamente, el plazo en que deberá terminarla y entregarla. No sabe nunca cuándo será relevado de su misión, ni si tendrá que dimitir al instante siguiente. Todo esto le acucia a aprovechar bien el tiempo, si no quiere exponerse al riesgo de que su obra quede inconclusa. Pero el no poder terminarla ¿priva a la obra de todo valor? Nada de eso. Tampoco el «carácter fragmentario» de la vida menoscaba el sentido de ésta. No es la duración de una vida humana en el tiempo lo que determina la plenitud de su sentido. No juzgamos del valor de una biografía por su «extensión», por el número de páginas de libro, sino por la riqueza de su contenido. No cabe duda de que la vida heroica de un hombre muerto prematuramente encierra mayor contenido y mayor sentido que la existencia de cualquiera que viva noventa años. Son muchas las sinfonías «incompletas» que figuran entre las más bellas»

La reflexión de Frankl sobre la muerte, nos remite a una idea similar manifestada, mucho tiempo atrás, por Séneca, éste afirma en su libro : «De la brevedad de la vida» que ciertas personas no «viven» sino más bien duran, indicando con ello que es la calidad de la vida lo esencial y no la longitud con que se manifiesta.

Se da también, en la teoría frankliana, lo que podríamos llamar una actitud retrospectiva frente a la muerte; esto es, ante ella el pasado es visto como un logro. Así, la mirada no está puesta en el término sino en la realización de la vida; si he realizado sentidos en la vida, si juzgo a ésta retrospectivamente con sentido, veré lo hecho en el pasado como un haber valioso, como una realidad tangible que ya nadie me puede arrebatarse.

Los temas del sufrimiento, de la muerte y los aspectos valóricos que con ellos se vinculan, competen también al profesional de la salud en su relación con los enfermos. El problema frente a estos no es solamente médico, sino que implica toda la vida personal. El tema de la libertad se encuentra íntimamente unido de la validez de sufrimiento o el por qué de la muerte inquietan a toda persona. En referencia a ello, dice Frankl:»esta pregunta nos arroja ya de lleno en el centro de la teoría metaclínica de toda psicoterapia, y teoría quiere decir visión, visión de una imagen de hombre. No se trata aquí de que nosotros los médicos intentemos introducir la medicina en la filosofía; son nuestros pacientes los que introducen en nuestra medicina su problemática filosófica».

Frente a la afirmación anterior, que muestra una realidad, es indispensable que el profesional de la salud se prepare en las áreas

antropológicas y éticas, puesto que la persona es un ser trascendente y tiene demandas que no pueden ser ignoradas o evitadas en el momento del sufrimiento y de la muerte. Es por ello que Frankl utiliza la expresión «pastoral médica», con ella quiere recordar que se está frente a una persona que plantea al médico o enfermera unos porqués radicales. Es importante aclarar que la llamada pastoral médica no la ve como sustituto de la pastoral sacerdotal, aunque hace notar que hoy, en occidente, se emigra del sacerdote al neurólogo. Lo importante de este aporte logoterapéutico es que ve al profesional de la salud involucrado con la persona como totalidad, es decir, su visión humaniza el área médica y por ello afirma que cuando alguien está frente a un enfermo al que no se le puede curar y ni siquiera aliviar, queda una vía posible: dar consuelo.

Esta amplitud de horizonte, para los que están en relación con enfermos, viene de la convicción que profesan quienes adhieren a la teoría frankliana en orden a su compromiso de considerar a la persona en todos sus aspectos y ello requiere, por cierto, no desentender sus aspiraciones esenciales. «El análisis existencial enfoca la lucha del hombre por un sentido -y no sólo por un sentido de sufrimiento- sino también por el sentido de la vida simplemente, por el sentido de la existencia. Al análisis existencial lo que verdaderamente le importa es la

lucha por el sentido de la existencia y la ayuda para encontrar ese sentido. En una palabra: el análisis existencial coloca en el primer término de su campo visual la orientación hacia el sentido y la aspiración a los valores por parte del hombre» y esto porque «la logoterapia se muestra como una educación para la responsabilidad lo que implica el entender a la persona en todas las demandas de sentido que como tal tiene, y en el caso de los enfermos es necesario ayudar a encontrar sentido en el sufrimiento y también en el enfrentamiento a la muerte.

Valores que nos parecen rescatables en el pensamiento de Frankl

1.- Reconocimiento y denuncia de situaciones que afectan al hombre contemporáneo tales como: masificación, activismo, totalitarismo.

2.- Actitud y lenguaje cercana. La psicología y la psiquiatría puestos al servicio de todos.

3.- Aceptación de lo espiritual y religiosos como algo esencial al hombre.

4.- Apelación a la libertad, condicionada y determinada, habla de destino; y la responsabilidad como categorías definitorias de lo humano.

5.- Valoración del sufrimiento como medio de crecimiento y maduración personal.

6.- Convocatoria a tra-

bajar el tema antropológico en una forma interdisciplinaria; hace un llamado explícito a la filosofía y religión.

BIBLIOGRAFIA

FRANKL, VIKTOR :

1.- Psicoanálisis y existencialismo. Fondo de Cultura Económica, México, 1990 (P.E.)

2.- Ante el vacío existencial. Editorial Herder. Barcelona, 1984 (A.V.E.)

3.- La idea psicológica de hombre. Editorial Rialp. Madrid, 1984 (I.P.H.)

4.- La presencia ignorada de Dios. Editorial Herder. Barcelona, 1984, (P.I.D.)

5.- La psicoterapia al alcance de todos. Editorial Herder. Barcelona, 1985 (P.A.T.)

6.- El hombre en busca de sentido. Editorial Herder. Barcelona, 1985 (H.B.S.)

7.- Homo Patiens. Editorial Plantin. Buenos Aires, 1955 (H.P.)

8.- La psicoterapia y la dimensión humana. (Conferencia) Buenos Aires, 9 de abril de 1985.

9.- Mi visión del mundo (Conferencia). Buenos Aires, 17 de octubre de 1990.

Mayor Información

Sara López Escalona
Jaime Guzmán Errazuriz 3.300
Campus Oriente
Facultad de Educación
Pontificia Universidad
Católica de Chile
Santiago - Chile